



sexto piso realidades

BONO: EN EL NOMBRE
DEL PODER
HARRY BROWNE

Bono
En el nombre del poder

Bono

En el nombre del poder

HARRY BROWNE

TRADUCCIÓN DE MARÍA TABUYO Y AGUSTÍN LÓPEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida
o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The Frontman: Bono (In the Name of Power)

Copyright: © Harry Browne, 2013

Primera edición: 2013

Imagen de portada

© ALEX WONG

Traducción

© MARÍA TABUYO Y AGUSTÍN LÓPEZ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-39-5

Depósito legal: M-25511-2013

Impreso en España

ÍNDICE

Introducción: «Ésta no es una canción rebelde»	9
1. Irlanda	19
«Qué emocionante para cuatro chicos irlandeses de la parte norte de Dublín...»	19
Dandelion Market	26
<i>War</i>	33
Self Aid	43
Mother	49
La paz de la acción	54
Donde los tramposos no sienten vergüenza	60
El señor Bono	66
Magnate inmobiliario	73
Después del diluvio	83
2. África	89
¿Sabes que es Navidad?	89
«Bad»	96
En Etiopía	100
« <i>I'm not a cheap date</i> »	107
Atención al sida	119
Pasar a la historia	128
(RED)	138
Control editorial	149
Más equipaje	160
Otro Edun	166

3. El mundo	175
«Beautiful Day»	175
Riqueza	182
Elevation	187
Zoorofilia	194
El estadounidense espiritual	203
Más guerra	211
Soñando con Obama	218
¿ <i>Cui Bono?</i>	227
Las raíces	236
«With Or Without You»	242
Epílogo: El «activismo práctico» y otros cuentos de hadas de Bono	251
Agradecimientos	261
Notas	265

INTRODUCCIÓN:

«ÉSTA NO ES UNA CANCIÓN REBELDE»

La filantropía de los famosos se muestra bajo múltiples apariencias, pero tal vez ninguna figura por sí sola sintetiza mejor que Paul Hewson, alias Bono, cantante principal de la banda de rock U2, sus engaños, su presunción y sus equívocos.

La razón de que así sea es que Bono representa algo más que la mera práctica de la caridad; en realidad, su fama en este campo no tiene nada que ver con el gasto de su considerable fortuna en las necesidades de los pobres. Es, más bien, un «abogado defensor» de los desfavorecidos, y como tal, se ha convertido en un símbolo del carácter esencialmente benéfico de la élite rica de Occidente, siempre dispuesta a ayudar a los pobres del mundo, y que sólo espera un poco de ánimo y algunas buenas ideas para eliminar para siempre el hambre y la pobreza. Esto le convierte en un líder idóneo para un sistema de explotación y guerra imperialistas cuya depredación y depravación siguen siendo tan salvajes como siempre.

El propio Bono describe la actividad de la que vive como «venta ambulante», el último eslabón de toda una tradición:

Gran parte de nuestra familia son vendedores ambulantes. Y, por supuesto, ¡en eso es en lo que yo me he convertido! Soy en gran medida un vendedor ambulante. Y, si realmente se me quiere conocer, así es como yo me veo a mí mismo. Vendiendo canciones de puerta en puerta, de ciudad en ciudad. Vendiendo melodías y palabras. Y, en mi opinión, en mi trabajo político vendiendo ideas. En el mundo comercial del que formo parte, también vendiendo ideas. Por eso me veo a mí mismo siguiendo una larga tradición familiar de vendedores.¹

Ciertamente, Bono ha sido un vendedor más que competente de su obra musical y de sí mismo. Según su propia versión de la metáfora, viaja políticamente por el mundo vendiendo ideas sobre cómo ayudar a los pobres; vendiéndoselas principalmente a las personas poderosas y a las instituciones que pueden convertir esas ideas en realidad. Sin embargo, esto es, en el mejor de los casos, un relato parcial: en realidad, la idea cuya venta le ocupa más seriamente es la de que esas personas e instituciones poderosas están auténticamente comprometidas en hacer del mundo un lugar más justo y equitativo. Y ésa es la idea que nos quiere vender.

Bono es, por encima de todo, un cosmopolita. Como irlandés americanizado que unió fuerzas de forma visible con el gobierno británico en el pasado y que se vincula a ojos del público con el destino de África, Bono se encuentra entre las figuras de élite más enteramente trasatlánticas. (El antiguo fiscal general del Estado irlandés, Peter Sutherland, presidente de Goldman Sachs Internacional, ex presidente de BP y, antes de eso, primer director de la Organización Mundial del Comercio, es tal vez su equivalente más cercano de «jinete global» —asesor de bancos y gobiernos, ha sido llamado «el padre de la globalización»² y veremos que las semejanzas de Bono con este personaje totalmente integrado en el sistema van más allá del adinerado estilo dublinés). En los Estados Unidos, la creencia de que Bono aporta al debate mundial algo vagamente interpretado como un conjunto de valores característicamente europeos, puede ser, en cierta medida, la razón de que, en general, sea contemplado allí como una figura fundamentalmente bondadosa, que se puede identificar políticamente como un liberal de izquierdas. En una de las más cálidas apariciones públicas de George W. Bush con el cantante («Bono, aprecio tu corazón»), el entonces presidente no pudo resistirse a contar una anécdota que basaba su carácter gracioso en la visión de Bono como adversario político: «Dick Cheney entró en el Despacho Oval y dijo: “Jesse Helms quiere que escuchemos las ideas de Bono”». Esto provocó que el lugar se viniera abajo con

los aplausos, con el propio Bono riendo y aplaudiendo.³ Sin embargo, esta percepción política se basa en un malentendido acerca de sus propios «valores» y de los de la Europa institucional: ni Bono ni los Estados Unidos están tan comprometidos, ni de lejos, con la justicia social y los valores colectivos como los expertos estadounidenses pretenden hacernos creer. Mientras tanto, su tendencia a los americanismos verbales y emocionales es, en parte, la razón de que se lo contemple con gran suspicacia en Europa, o, al menos, sorprendentemente, en Gran Bretaña e Irlanda, donde Bono es en gran medida una figura ridiculizada y con frecuencia objeto de insultos. La revista humorística inglesa *Viz* lo llamaba «pequeño gilipollas de gran corazón», mientras la escritora Jane Bussman sugería en *The Guardian* que Bono suministraba «chorradas interesadas» y que África le servía de «acto de masturbación».⁴ Está también la historia repetida, y seguramente apócrifa, de un concierto de U2 en Glasgow en el que Bono hizo callar al público y empezó un lento y rítmico aplauso de protesta, para susurrar con énfasis: «Cada vez que doy una palmada con mis manos, muere un niño en África». Una voz gritó entonces desde el público: «¡Pues deja de hacerlo, gilipollas!».⁵

Las burlas de este tipo están extendidas en Irlanda, pero son raras en los medios de comunicación de ese país, donde los amigos de U2 son numerosos, y su influencia y patrocinio, importantes. De hecho, la consideración de Bono en su país natal se complica debido al concepto peculiarmente irlandés de «envidia», la supuesta tendencia nacional a despedazar a todos aquellos que tienen éxito. Esta tendencia, en la medida en que exista, nace de la sana sospecha, posiblemente, poscolonial, de que el mundo es menos meritocrático de lo que pretende, o de que el éxito tiene con frecuencia un precio moral. Lamentablemente, la envidia es más a menudo lamentada que tipificada: «Que se jodan los envidiosos» es la antigua, venerable y omnipresente versión irlandesa de «*haters gonna hate*».*

* Expresión estadounidense; literalmente, «los que odian van a odiar», que

Sin duda, existe la envidia mezquina; probablemente, la mayoría de los dublinese han dicho u oído esta frase: «Hoy vi a Bono por la calle, pero hice como que no lo reconocía; no quería darle esa satisfacción». Sin embargo, Irlanda tenía en realidad pocos envidiosos durante las décadas de 1990 y 2000, años del *boom* conocido como el Tigre Celta, cuando financieros, inversores, políticos, periodistas, constructores, e incluso estrellas del rock, estaban inflando una delirante burbuja que, cuando estalló, diezmó la vida económica del país. Este libro, en cualquier caso, no tiene nada que ver con la envidia y no pone en cuestión las bases del éxito de Bono —probablemente la industria musical es ligeramente más meritocrática que las demás—, sino más bien la manera en que decidió utilizarlo políticamente.

La amplia diversidad de opiniones sobre Bono en los distintos países es un dilema para el escritor, especialmente si escribe para un público internacional. ¿Con qué seriedad se puede hablar de una figura que es ridiculizada con tanta frecuencia, en tantos lugares y por tantas razones? Está el hecho de que Bono, como figura pública, puede ser difícil de clasificar, dado que actúa en múltiples registros, incluso para los estándares de nuestra cultura de la celebridad, ajena a limitaciones y fronteras: un día, a lo que parece, leemos que se ha reunido con los líderes del G8; al siguiente, que anda enzarzado con su ex peluquero en los tribunales para recuperar un sombrero; por la mañana te vende un iPod, y por la noche, su versión del proceso de paz en Irlanda. Al final, he procurado tomarlo tan en serio como él parece tomarse a sí mismo, lo que equivale a decir «muy» en serio, aunque haga notables esfuerzos por aparentar humildad y mantener un tono ligero. La razón de que tome la seriedad como punto de partida tiene poco que ver con el respeto debido a cualquier persona —muchas de las burlas de Bono son estúpidas y están equivocadas

sugiere que, se haga lo que se haga, los inclinados a la crítica seguirán criticando. [N. de los T.]

en cualquier caso—, y tiene más relación con el hecho de que parezca ser tomado en serio (las organizaciones que financia, las invitaciones que se le dirigen desde tribunas prestigiosas) por las personas más poderosas del mundo. Comprender por qué lo hacen exige, la mayoría de las veces, elevarse por encima de los meros términos del insulto.

Adopto este tono relativamente elevado con cierto pesar, pues cuando uno baja en la escala social, la aversión a Bono se hace mayor: si Tony Blair está en el extremo afectuoso y los grafiteros de los núcleos urbanos deprimidos de Dublín, en el contrario, no me gustaría nada la idea de que este último sentimiento quedase enteramente relegado. Pero en un mundo en el que *The New York Times* trata normalmente a Bono como un gurú, mientras que muchos escritores de *The Guardian* lo miran como a un loco; en el que innumerables europeos del continente lo consideran un gran artista, mientras los autores satíricos de *South Park* lo retratan literalmente como una mierda; en el que la BBC realiza un documental para la televisión levemente inquisitivo titulado *Bono's Millions* en 2008, y luego dedica un día entero de radio a promocionar la salida del nuevo álbum de U2 en 2009; en el que un amigo al que encontré en un pub me pregunta por qué quiero criticar a Bono, mientras que otro al que me encuentro por la calle piensa que es un trabajo demasiado fácil para ser un verdadero reto; en un mundo así, decía, no hay ninguna manera perfecta de enfocar este libro. Espero que el camino elegido haga más fácil que algunos de los múltiples fans y admiradores de Bono puedan empezar a considerar mis argumentos.

Personalmente, no soy ni un gran entusiasta ni un detractor profesional de la música de U2. Este libro considera a Bono más como un actor político que como un protagonista cultural. El mismo Bono decía hace muchos años que veía esos dos papeles de forma independiente, y que la música como tal era un vehículo en gran parte inútil para el cambio político. Por eso, no será éste un libro que pretenda determinar si *Achtung Baby* es realmente mejor o peor que *War*. Pero, aun dentro de estos

límites, sería una negligencia no considerar, por ejemplo, lo que nos dice «Sunday Bloody Sunday» acerca de la postura de Bono sobre la política irlandesa, o si el giro de u2 desde una estética visual y musical estadounidense a otra europea a principios de los noventa supuso un cambio análogo en el ámbito político. En la medida en que los negocios, la política y la música están entrelazados, es importante reflexionar sobre ello y tratar de ver ahí con claridad.

Obviamente, ésta no es una biografía convencional; tampoco es una tentativa de perfilar psicológicamente su tema de estudio. Aunque me permita alguna especulación esporádica sobre sus pensamientos y motivos, lamentablemente no será posible penetrar detrás de las sombras que lo envuelven y discernir qué interacción de idealismo y cinismo da origen a una figura como Bono. Soy reacio a juzgar los motivos de otra persona, pero no sería apropiado limitarse a asumir simplemente, a pesar de lo que muchos de sus conocidos me han dicho, que en su papel político y humanitario «tiene buenas intenciones». Lo que fundamentalmente pretende este libro no es centrarse en lo que motiva a Bono, sino en su retórica, sus acciones y sus consecuencias. Durante casi tres décadas como figura pública, y especialmente en este siglo, Bono ha estado, con mucha frecuencia, amplificando los discursos de la élite, promoviendo soluciones ineficaces, defendiendo de forma paternalista a los pobres y besando el culo a los ricos y poderosos. Ha generado y reproducido modos de ver el desarrollo del mundo, especialmente de África, que no son más que una mezcla aparentemente brillante de la actividad misionera tradicional y el colonialismo comercial, en la que el mundo de los pobres existe como una tarea que el mundo de los ricos debe completar. De unas formas y de otras, ha dirigido su atención hacia un planeta de injusticia, desigualdad y explotación salvajes, y no es excesivo afirmar que, de alguna manera, ha contribuido a dejarlo peor de lo que estaba.

¿Ha ayudado también, en otros aspectos, a hacerlo mejor? No hay duda de que algunas de sus campañas y el trabajo

de las organizaciones a las que apoya han mejorado la vida, la salud y el bienestar de muchas personas en África. Sería estúpido negarlo. Y sería presuntuoso hasta el extremo sugerir que éste u otro libro pueden sopesar omniscientemente los fracasos y los logros y pronunciar un veredicto definitivo y objetivo. Me he esforzado en reconocer el mérito de Bono en lo que creo que es justo reconocerlo, pero no pretendo ser un árbitro neutral. Podría edificar y empapelar un retrete con los, literalmente, cientos de libros y artículos que explican Cómo-Bono-hace-mejor-el-mundo: son fácilmente asequibles en internet y en la librería de al lado de casa. Pero este libro se propone lo contrario.

Al propio Bono no le asusta asumir un gran mérito. Recientemente ha denominado a sus campañas «un movimiento que cambió el mundo».⁶ En plena época de George W. Bush, sentenció: «La gente se rio directamente en mi cara cuando sugerí que esta administración distribuiría medicamentos antivirales en África. “No sabes lo que dices”, afirmaban. Actualmente, hay 200 000 africanos que deben su vida a Estados Unidos».⁷ La estructura de esas frases hace imposible resistir la invitación a sustituir «deben su vida a Estados Unidos» por «me deben su vida a mí».

La idea de que Bono contribuye a dejar peor las cosas, se podría objetar razonablemente, es tan sólo una opinión política; una opinión basada en lo que creo que son análisis inteligentes y documentados, pero, opinión, no obstante. Otros escritores han examinado la misma trayectoria, los mismos hechos, y han sacado conclusiones opuestas. Los lectores están invitados a juzgar por sí mismos. Sin embargo, el lenguaje despolitizador del humanitarismo, la imagen de Bono como alguien que está fuera, por encima y más allá de la política, con frecuencia ha hecho difícil expresar la mera diferencia política con respecto a él. Por eso, se esté o no finalmente de acuerdo con que Bono «empeora las cosas», el objetivo de este libro es colocarlo firmemente a él, y, por extensión, al humanitarismo de los famosos, en la esfera de la política y, por tanto, en la

de la diferencia política. Hacer eso significa subrayar algunos hechos indiscutibles: que él representa una serie particular de discursos, valores y fuerzas materiales dentro del debate más amplio sobre la pobreza, el desarrollo y la justicia en el mundo; que aunque estos discursos, valores y fuerzas se expresen con frecuencia de manera vaga y engañosa, pueden ser definidos en líneas generales como conservadores, occidentalocéntricos y procapitalistas; que son vistos como fundamentalmente no amenazantes por las élites que han hecho estragos en el mundo; y que pueden ser enérgicamente contestados y criticados, tanto en cuanto a sus principios como en lo que se refiere a su eficacia. En otras palabras, después de leer este libro, se podría perfectamente seguir creyendo que Bono es una persona recta, pero tal vez no se podría creer ya que esa rectitud es evidente por sí misma y está más allá de toda discusión.

Sea o no una persona recta, espero que sea difícil para cualquiera que lea este libro sostener en lo sucesivo que Bono es «de izquierdas». En realidad, desde 2005, él y sus organizaciones han sido frecuentemente sarcásticos con los planteamientos que ven como izquierdistas: «[...] sería radicalmente una equivocación golpear una especie de tambor de izquierdas, adoptando la habitual línea liberal de abogado de causas perdidas» es una típica afirmación de Bono sobre dónde sitúa la política de sus campañas.⁸ Por supuesto, también diría, en el caso improbable de que se lo preguntaran, que tampoco es de derechas. Es precisamente la idea de que los planteamientos tecnocráticos «para resolver los problemas» que él defiende son de algún modo apolíticos, lo que es necesario rebatir.

El ascenso de Bono como operador político desde finales de la década de 1990 está vinculado a procesos más importantes e inquietantes en materia de gobernanza transnacional, procesos por los cuales los Estados, corporaciones, fundaciones e instituciones multilaterales más importantes han socavado la responsabilidad democrática y la soberanía en todo el mundo, a menudo, en nombre del humanitarismo. Bono es un actor relativamente menor (aunque, no obstante, significativo) en

este proyecto, y considerarlo en su totalidad está más allá de los límites de este volumen. Al final del libro, cuando se examinen las estrechas relaciones de Bono con la Fundación de Bill y Melinda Gates y su programa para el desarrollo africano, tal vez los lectores se sientan animados a conseguir más información.

Antes de llegar a ese punto, el libro se divide en tres ramas temáticas derivadas, en parte, de la cronología y la geografía de la propia historia de Bono. El capítulo 1, «Irlanda», examina, entre otras cosas, los mitos y realidades de los orígenes de Bono en Dublín; la manera en la que él y uz se relacionaron con los problemas irlandeses; su aparición como símbolos de la confianza y la regeneración irlandesa, y luego, como actores principales en los asuntos nacionales y las inversiones en propiedades, antes y después del derrumbe de la economía irlandesa. El capítulo 2, «África», examina cómo África ha sido construida en la actividad de Bono y cómo llegó a usurpar el espectáculo en Live Aid, en 1985, sobrepasando finalmente a su progenitor, Bob Geldof, como principal defensor «africano» en la política y en el mundo del espectáculo occidentales, promocionando soluciones neoliberales para los problemas del continente. El capítulo 3, «El mundo», examina los intereses en los negocios multinacionales de Bono y su papel en acontecimientos como las cumbres del G8, buscando granjearse la amistad de personajes como Jesse Helms y Paul O'Neill, encubriendo a criminales de guerra por la invasión de Iraq, como Tony Blair y Paul Wolfowitz, y actuando como compinche de Jeffrey Sachs, economista de «la doctrina del shock». Algunos aspectos importantes pero no políticos de su carrera están ausentes por completo; algunos de los acontecimientos y cuestiones políticas más importantes se tratan en dos o incluso tres capítulos, examinándolos en cada ocasión desde una perspectiva ligeramente diferente.

El gran logro y el gran peligro de Bono es que —de forma no diferente a ese «organizador de la comunidad» que es Barack Obama— hace una imitación plausible de un activista. Su discurso resuena con gritos de justicia que nos son

familiares, y a algunos de nosotros incluso podría complacer-nos escuchar nuestros anhelos en su voz: es, después de todo, un cantante competente. El periodista inglés George Monbiot escribió, después de la cumbre del G8 de 2005, en la que Bono desempeñó un papel a la vez inteligente y vergonzoso:

Los líderes del G8 y los intereses de los negocios que promueve su cumbre pueden absorber nuestras demandas de ayuda, alivio de la deuda, incluso términos ligeramente más justos de comercio, y no perder nada. Pueden vestir nuestros colores, hablar nuestro lenguaje, pretender apoyar nuestros objetivos, y descubrir en nuestra agitación no nuevas amenazas, sino nuevas oportunidades para fabricar el consenso. La justicia, dice este consenso, puede lograrse sin enfrentarse al poder.⁹

Bono viene en nombre de ese poder, asegurándonos que si hacemos las paces con él —«haciendo campaña», por supuesto, pero sólo en sus términos—, todo irá bien. Ese poder, fiel a sus pretensiones como empresario promotor de la igualdad de oportunidades, se siente feliz de dar trabajo a una locuaz estrella irlandesa del rock con gafas de sol y pantalones de cuero de diseño a la hora de lanzar el mensaje, si eso es lo que toca.

No es nada personal, Bono, pero me temo que uno de los primeros pasos para buscar la justicia real es dejar de comprar el mensaje que nos estás vendiendo.

1. IRLANDA

«QUÉ EMOCIONANTE PARA CUATRO CHICOS IRLANDESES DE LA PARTE NORTE DE DUBLÍN...»: LOS ORÍGENES

Bono es rico: lleva ropa de diseño, vuela en aviones privados, conduce alguno de sus cinco coches de lujo, es amante de la mejor comida y los mejores vinos; se ha calculado que su riqueza neta asciende a más de quinientos millones de dólares.

Bono es famoso: lidera la banda que se ha mantenido de forma constante con mayor popularidad en las tres últimas décadas, tiene millones de fans, canta varias de las canciones más conocidas de nuestra época y lleva unas gafas de sol que, más que desviar la atención, hacen que ésta se concentre sobre él.

Bono es poderoso: se busca su consejo, se le escucha y se le tiene en cuenta en los más altos niveles de gobierno nacional e internacional; es, como podrían decir los Ramones, amigo del presidente y amigo del papa.

Pero Bono quiere que se sepa que no ha olvidado de dónde procede. Cuando miles de personas se reunieron en enero de 2009 en el Washington Mall, en un acto que millones de espectadores contemplaron en televisión, dijo al hombre que dos días después sería investido presidente de los Estados Unidos: «Qué emocionante para cuatro chicos irlandeses de la parte norte de Dublín tener la ocasión de saludarlo, señor».

Cuando Bono, cuidadosamente acicalado para Barack Obama y para los que en todo el mundo estaban junto al Monumento a Lincoln, escogió estas palabras de falsa humildad para señalar la imponente presencia de uz en todos los sentidos, estaba permitiéndose una mezcla de significantes, típico de quienes elaboran cuidadosamente sus propias imágenes. En su

nivel más básico, el «Qué emocionante para...» era solamente una adaptación estereotipada del sueño estadounidense, que fluía con una fuerza especial en aquellos días de adoración de Obama; «Somos sólo cuatro chicos irlandeses...» era lo que quería decir, «... y ahora miranos». «Irlandés», sin embargo, no significa necesariamente una nacionalidad extraña para muchas personas de los Estados Unidos, apenas una cierta clase de estadounidenses, ni tampoco un ataque de mal humor.* Sin embargo, Bono aderezó la frase con unas pocas palabras adicionales de especificidad geográfica —«de la parte norte de Dublín»— y en el contexto uno se queda con la impresión de que se trata del espacio propio de la clase obrera, la parte más desfavorecida de la ciudad. Y probablemente no viene mal que «norte» e «irlandés» puedan también evocar recuerdos de viejas secuencias de noticiarios de televisión sobre bombas y alambres de espino. Súbitamente, Bono, Adam, Larry y The Edge aparecen proyectados en las mentes de todos como pilluelos de la calle que esquivan el fuego cruzado de los conflictos irlandeses y viven para cantar sobre ello. Por algo llamaron a dos de sus tres primeros álbumes *Boy* [«Chico»] y *War* [«Guerra»].

Este análisis de la creación del mito del origen no tiene simplemente la intención de sugerir que Bono y su banda son de alguna manera inauténticos (aunque es cierto que el concepto de «autenticidad» y sus disconformes han acechado la carrera de U2). Ni tiene la intención de suscitar el interrogante probablemente racista de «¿hasta qué punto son realmente irlandeses?», tan querido por algunos comentaristas hostiles que señalan que el nombre «Paul David Hewson» no tiene ninguna huella que delate unos orígenes gaélicos; pero lo mismo se puede decir de los nombres de millones de personas que son indiscutiblemente de origen irlandés.

Hay que desenredar los hechos de la vida de Bono de su retórica. En Dublín, los tan frecuentemente mencionados

* Juego de palabras: *ire*: «ira», *Irish*: «irlandés». [N. de los T.]

norte y sur son tanto estados mentales como estados geográficos, y son significantes de clase en tal medida que, por ejemplo, de los habitantes de clase obrera del barrio de Liberties, al sur del río Liffey, se dice a menudo que «no son realmente del lado sur»; del mismo modo que las áreas residenciales costeras de Clontarf, donde Bono y sus chicos se conocieron en la Mount Temple Comprehensive School, y de Malahide, donde Adam y The Edge vivieron de pequeños, son lo suficientemente elegantes y distinguidas para ser retóricamente separadas del resto del norte que linda con ellas.

Para ser justos, no tenemos ni idea de si la palabra *northside*, [«parte norte»], llevaba una N mayúscula en la mente de Bono cuando la pronunció lentamente junto al Monumento a Lincoln. Sin embargo, no hay ninguna duda sobre la manera en que se escuchó en Irlanda: *The Irish Times*, periódico arquetípico de la parte sur, dedicó una columna después del asunto de Obama a la dudosa reivindicación de un verdadero carácter norteamericano por parte de Bono. (Una de las pequeñas ironías de la división de Dublín consiste en que son generalmente los del lado sur los que más protegen las marcas del lado norte y del Real-Dub –[«el Dublín real»]–, tratándolas como «denominaciones de origen», considerándolas como las garantías de autenticidad regional para las botellas de vino francés, denunciando a toda figura sospechosa de pertenecer a la clase media, sea cual sea su origen geográfico, que intente llevar la etiqueta como insignia de credibilidad). Bono, con su acento medioatlántico no dublinés y su mansión en la más decididamente sureña bahía de Killiney, parece que debe ser censurado siempre por aludir significativamente al hecho de haber crecido, realmente, en el lado norte de la ciudad de Dublín.

El columnista de *The Irish Times* señalaba: «No es como si la mayoría de los amigos de Bono estuvieran muertos o en la cárcel. La última vez que miré, estaban haciendo bandas sonoras y jugando a las bochas». ¹⁰ Esta frase despectiva, un tanto extraña, tal vez diga, inteligentemente invertida, más de lo que pretende sobre cómo ve *The Irish Times* la esencia de la

dimensión norteña —«muertos o en la cárcel»—, como algo surgido del discurso de un rapero que se jacta de su difícil ascenso desde la calle. Pero también nos ayuda a comprender lo engañoso, o al menos lo inadecuado, de la afirmación de Bono cuando hablaba de uz como de «cuatro chicos irlandeses de la parte norte de Dublín», una descripción que, dadas las circunstancias, sin duda significaba (para los oyentes y espectadores de cualquier sensibilidad) unos orígenes lejanos y aislados de los centros y momentos de un poder cultural como el que se estaba disfrutando en el Mall de Washington, significara eso o no una pobreza y una miseria auténticas.

La realidad es que Bono creció en un enclave de clase media (el término denota una categoría superior en Irlanda y Gran Bretaña que en Estados Unidos) y ligeramente contracultural de la clase trabajadora y pobre de la zona de Dublín norte llamada «Ballymun» (otra importante denominación de origen por cuya utilización es ocasionalmente injuriado). «La violencia [...] es lo que más recuerdo de mis años de adolescente», ha dicho, pero sin dar ningún detalle más que la sugerencia de que, cuando él y sus colegas callejaban por el territorio de la clase obrera, aquello era algo más o menos espeluznante.¹¹ Los famosos bloques de pisos, ahora demolidos, de Ballymun pueden haber sido evocados en el «Running To Stand Still» de Bono, pero él creció a una distancia segura, en Cedarwood Road, un lugar lleno de casas adosadas con bonitos jardines, césped y caminos de entrada.

A principios de la década de 1990, Bono trató de convencer a un periodista estadounidense, Bill Flanagan, de que cuando era niño solía engañar a los turistas en la catedral de St. Patrick (protestante):

—Les cobraba por visitas a la catedral —dice [Bono]— y sacaba un buen dinero.

—Oh —le respondo—, eras un *golfillo*.

—¡Lo era! —dice Bono, alegremente, mientras Ali [la esposa de Bono] rompe a reír. Ella sabe que su esposo nunca fue un *golfillo*.¹²

Bono no fue un niño de la calle; ni la ciudad y el país en que vivía eran los lugares completamente estancados que sugiere esa visión retrospectiva. Nacido en 1960, Bono fue educado en una República de Irlanda que estaba saliendo económica y culturalmente del aislamiento de las primeras cuatro décadas tras la independencia. La emigración había disminuido extraordinariamente, y con la nueva estrategia económica de buscar inversión extranjera, el país estaba incluso atrayendo a familias de Gran Bretaña como las de los futuros colegas de Bono: el padre de The Edge era ingeniero; el de Clayton, piloto, con ingresos superiores a los del padre de Bono, que trabajaba en las oficinas del servicio postal. La tendencia en ocasiones enloquecedora de la economía irlandesa a desincronizarse de sus vecinos, tenía a veces consecuencias positivas: por ejemplo, mientras Gran Bretaña se iba arrastrando hacia «el invierno del descontento» a finales de la década de 1970, Irlanda, incluidos los chicos de U2, disfrutaba de un pequeño *boom*.

Nuevos vientos políticos soplaban también en la época: un político destacado podía afirmar creíblemente que «los años setenta serán socialistas»; existía un vigoroso movimiento de liberación de las mujeres que consiguió una buena expresión en los medios de comunicación, tanto en radio y televisión como en prensa; y había, por supuesto, un movimiento de derechos civiles y «lucha armada» a un lado y a otro de la frontera de Irlanda del Norte controlada por los británicos. En el tiempo en que Bono estaba comenzando la escuela secundaria en el nuevo centro de Mount Temple, centro liberal, mixto, multiconfesional y dirigido por protestantes, uno de los guitarristas de blues favorito de los británicos era Rory Gallagher, que vivía en Cork, y uno o dos años después, Thin Lizzy —con un dublinés negro, Phil Lynott, como líder— irrumpía con fuerza en las listas de éxitos de rock a ambos lados del Atlántico. Y eso, por no hablar de la importancia de la música y de los músicos irlandeses implicados en la recuperación de la música y el folclore tradicionales que estaba teniendo lugar a nivel internacional. Irlanda no era rica, pero era un lugar razonablemente genial del que

ser, y en el que estar, y nada mucho más guay y más conectado que ser un rockero adolescente en Mount Temple, con su cuerpo estudiantil en gran parte acomodado. Cuando llegó 1977, algunas bandas de punk incluyeron Dublín en sus giras.

Se les podría llamar provincianos cosmopolitas o cosmopolitas provincianos; en cualquier caso, los jóvenes de clase media en el Dublín de los años setenta eran capaces de estar al tanto de lo que ocurría en el ancho mundo, e incluso sentían que podían ejercer alguna influencia sobre él. La radio pirata y una antena de televisión que pudiera sintonizar la BBC significaban que no tenías por qué perderte nada. En 1977, Niall Stokes lanzó una publicación ambiciosa y específicamente irlandesa, *Hot Press*, una revista musical irreverentemente liberal que, rápidamente, se convirtió en lectura imprescindible para los fans y las bandas locales por igual, especialmente, en Dublín.

¡Ah!, pero, por supuesto, estaba el poder de la Iglesia católica para echarlo todo a perder, y para muchas personas era un azote terrible sobre sus vidas. Sin embargo, su papel no debería exagerarse, como tan a menudo sucede en los recuerdos y las polémicas de aquellos que se sobreexcitaban con la liberación final de Irlanda de su yugo. Aunque era cierto que la jerarquía católica proyectaba una larga sombra, incluida la legislación nacional en asuntos como el divorcio y el control de la natalidad —o2 haría finalmente su primer concierto benéfico en 1978 en una campaña en favor de los anticonceptivos—,¹³ no oscurecía especialmente lugares como Mount Temple.

Bono ha enfatizado mucho el matrimonio mixto, desde el punto de vista religioso, de sus padres: «Mi madre era protestante, mi padre era católico; nada demasiado importante en cualquier lugar del mundo salvo aquí»; ignorante Irlanda, el único lugar del mundo donde las diferencias profesionales importan. Pero Bono nunca demostró que el matrimonio mixto de sus padres fuera algo «importante» en los círculos en los que vivía. En realidad, es sorprendente que en una Irlanda donde la doctrina *Ne temere* de la Iglesia católica, de 1908, que prescribía que los hijos de matrimonios mixtos

debían ser educados en el catolicismo, había sido declarada aplicable por ley por el Tribunal Supremo en 1950, Bobby e Iris Hewson se sintieran libres para establecer sus propios acuerdos: decidieron educar a sus hijos alternativamente: el primero, protestante; el segundo (Paul, que más tarde se convertiría en Bono), católico —o, dicho de otra manera, los chicos católicos y las chicas protestantes—, aunque luego no se atuvieron a ese acuerdo en la práctica, pues Bobby dejó a sus dos hijos al cuidado espiritual de su madre (protestante). El joven Paul fue a escuelas primarias predominantemente protestantes.¹⁴

El matrimonio mixto de los Hewson, y todas las dificultades que puedan haber experimentado por tal causa, es, por supuesto, un asunto privado; puede perfectamente haber sido más duro de lo que nunca podamos saber. Nadie pensaría en cuestionar el trauma real y el sentimiento de pérdida que acompañaron a la muerte de Iris Hewson cuando el joven Paul tenía catorce años. Pero es difícil no sospechar que Bono se sitúa a sí mismo como una víctima infantil de presiones sectarias, al menos en parte, para asociar sus orígenes con el conflicto de Irlanda del Norte, interpretado en gran parte del mundo como una guerra sectaria de protestantes contra católicos. La repetida insistencia de Bono en que tenía un poco de esa guerra en su propio hogar infantil, en que tenía, dijo en un discurso en Washington en 2006, «un padre protestante y una madre católica en un país donde la línea entre ambas posiciones era con frecuencia, muy literalmente, la línea de un frente de batalla»,¹⁵ es parte del telón de fondo de las décadas en que quería darse tono con ese conflicto. (Aunque parezca extraño, en ese discurso invirtió las afiliaciones religiosas reales de sus padres). En realidad, los verdaderos problemas se produjeron, casi en su totalidad, cien kilómetros hacia arriba o más, en Irlanda del Norte; y cuando el conflicto produjo algunas escasas intrusiones sangrientas en la República, no discriminó entre víctimas protestantes, católicas y «mixtas».

Además de ser el líder de uno de los grupos de rock con más éxito de las últimas décadas, Bono es una de las voces habituales de las campañas humanitarias. Etiquetado por Oprah Winfrey como el «indiscutible rey de la esperanza», destacado en la portada de *Time* con el titular «¿Puede Bono salvar al mundo?», es obvio que su labor filantrópica ha traído bienestar a millones de personas en todo el mundo. Sin embargo, en esta rigurosa y detallada investigación, el periodista irlandés Harry Browne sostiene que es probable que, haciendo balance, Bono haya hecho más daño del que parece, ya que se ha convertido en portavoz y rostro de la élite occidental, defendiendo la visión de personajes como George Bush, Tony Blair, Jesse Helms, Condoleezza Rice, Bill Clinton, Steve Jobs y Bill Gates, por nombrar sólo algunos. Quizá sin saberlo del todo, Bono ha promovido lo que Browne denomina “filantropcapitalismo”, un modelo de ayuda basado en la aceptación incondicional de las políticas neoliberales que precisamente son la causa de que dicha ayuda sea necesaria.

Browne va más allá de la celebridad y relata cómo los miembros de U2 cambiaron su dirección fiscal a Holanda para pagar menos impuestos; que cuentan con una red de empresas que logró reportar pérdidas el año en el que U2 realizó la gira más taquillera de la historia del rock; que Bono ha anunciado productos de Louis Vuitton y Apple, dos de las compañías responsables de la devastación del continente africano. En palabras del propio autor: «No es nada personal, Bono, pero me temo que uno de los primeros pasos para buscar la justicia real es dejar de comprar el mensaje que nos estás vendiendo».

«Bono el filántropo no es más que un compinche de los banqueros y los neoconservadores».

TERRY EAGLETON, *The Guardian*

«Sinceramente, me veo a mí mismo como un vendedor. Creo que eso es lo que hago. Cuando estoy de gira vendo canciones de puerta en puerta. Vendo ideas como el rescate de la deuda y, como todos los vendedores, soy un poco oportunista y veo África como una gran oportunidad».

BONO



sextopisorealidades

